

mirada, la figura parecen estar en armonía con los sentimientos. Por esto el juez mas duro, el abogado mas incrédulo, el usurero ménos facil, vacilan siempre en creer envejecido el corazon, y corrompidos los cálculos de aquel cuyos ojos nadan en un fluido puro, y cuya frente está sin arrugas. Carlos no habia tenido jamas ocasion de aplicar las máximas de la moral parisiense, y hasta entónces habia sido hermoso por la inesperienza; pero, sin saberlo él, se le habia inoculado el egoismo. Los jérmenes de la economía política al uso del parisiense, ocultos en su corazon, no debian tardar en florecer, tan pronto como el espectador ocioso pasase á ser actor en el drama de la vida real.

Casi todas las jóvenes se abandonan á las dulces promesas de estas exterioridades; pero Eugenia, aunque hubiese sido tan prudente y observadora como lo son algunas hijas de provincia; habria podido desconfiar de su primo, cuando en él los modales, las palabras y las acciones iban tan acordes con las inspiraciones del corazon? Un azar, fatal para ella, la hizo enjugar las últimas efusiones de verdadera sensibilidad de aquel corazon juvenil, y oír, por decirlo asi, los últimos suspiros de su conciencia.

Asi pues, dejó aquella carta, llena para ella de amor y se puso á contemplar con complacencia al adormido primo. Las frescas ilusiones de la vida jugaban todavía sobre su rostro y ella fué la primera

en jurar que le amaria siempre. Luego echó los ojos sobre otra carta, sin dar mucha importancia á aquella indiscrecion; y si comenzó á leerla fué para adquirir nuevas pruebas de las nobles cualidades con que se complacia en dotar al que habia elegido para amante, pareciéndose en esto á todas las demas mujeres.

«Mi querido Alfonso, cuando leerás esta carta, yo no tendré ya amigos; mas te aseguro que si bien he dudado de las jentes del mundo habitadas á prodigar esta palabra, jamas he dudado de tu amistad. A tí te encargo pues, el arreglo de mis intereses, y cuento contigo para sacar un buen partido de todo lo que poseo. Debes conocer sin embargo mi posicion. No tengo ya nada, y quiero partir para las Indias. Acabo de escribir á todas las personas á quienes creo deber algun dinero; adjunta va la lista de ellos, que he arreglado ecsacta como ha sido posible á mi memoria. Mi biblioteca, mis muebles, mis coches, mis caballos, etc., bastarán, creo, para pagar mis deudas. No quiero reservarme mas que las chucherías sin valor, que sean suficientes para hacerme un comienzo de pacotilla. Mi querido Alfonso, para esta venta te enviaré desde aqui un poder en forma, para caso de contestaciones. Me

enviarás todas mis armas, y mi Briton lo conservarás para tí: nadie pagaria el valor de ese admirable animal y prefiero ofrecértelo, como el anillo que suele legar un moribundo á su ejecutor testamentario. Roberto me tiene hecha una elegante carretela de viaje que no ha entregado todavía. Haz que la guarde y que no me pida indemnizacion. Si reusase este arreglo, evita cuanto pueda mancillar mi lealtad en las circunstancias en que me encuentro. Debo seis luises al insular perdidos en el juego; no dejes de...

Eugenia no continuó.

— Querido primo! dijo dejando la carta, y marchándose muy pasito á su cuarto con una vela encendida.

Llegado que hubo no sin una viva emocion de placer, abrió el cajon de un antiguo mueble de encina, uno de los mejores trabajos de la época llamada el *renacimiento*, en que se veia aun medio borrada la famosa Salamandra real. Sacó una gruesa bolsa de color carmesí con borlas de oro, bordada de cañutillo usado, que provenia de la sucesion de su abuela. Luego ponderó con orgullo la bolsa y se puso á verificar la cuenta de su peculio.

Primeramente separó veinte portuguesas, nuevas todavía, acuñadas en el reinado de Juan V, en 1725, cuyo valor efectivo era de cinco lisboesas, ó ciento sesenta y ocho francos sesenta y cuatro céntimos cada una, como solia decir su padre; pe-

ro cuyo valor convencional era de ciento ochenta francos, atendida la rareza y hermosura de aquellas piezas, que relucian como soles.

Item cinco genovesas ó piezas de cien libras de Génova, moneda tambien rara cuyo valor ascendia á ochenta y siete francos al cambio, pero que valian ciento para los aficionados al oro. Se las habia regalado el viejo señor La-Bertellière.

Item, tres onzas de oro españolas de Felipe V, acuñadas en 1729, dadas por madama Gentillet, que al entregárselas solia repetirle siempre la misma frase:—Este hermoso canario, ese amarillito vale noventa y ocho libras! Guárdalo bien, hermosa mia, esto será la nata de tu tesoro.

Item, (lo que su padre estimaba mas porque el oro de estas piezas era de veinte y tres quilates y una fraccion,) cien ducados de Holanda, acuñados el año 1756, cuyo valor era de doce francos poco mas ó menos.

Item, una grande curiosidad; una especie de medallas preciosas para los avaros, tres con el signo de la balanza, y cinco con el signo de virgo, todas de oro puro á veinte y cuatro quilates, la sublime moneda del gran Mogol, cuyo valor de cada una era de treinta y siete francos cuarenta céntimos por el peso, y de cincuenta francos á lo menos para los concedores que prefieren el oro.

Item, el napoleon de cuarenta francos, recibido

el día anterior, y que ella había puesto negligentemente en la bolsa de carmesí.

En este tesoro había contenidas piezas nuevas y vírgenes, verdaderas bellezas del arte, de que se informaba M. Grandet y que revisaba de vez en cuando, para detallar á su hija sus virtudes intrínsecas, la hermosura del cordon, el trabajo del cuño y la riqueza de las letras todavía no rayadas. Pero ella ni pensaba en aquellas rarezas, ni en la manía de su padre, ni en el peligro que corría en desprenderse del tesoro tan querido para él; no pensaba mas que en su primo, y pudo por último comprender, cometiendo algunas faltas de cálculo, que poseía cerca de cinco mil y ocho cientos francos en valores reales, que convencionalmente podían venderse por dos mil escudos.

A la vista de sus riquezas se puso á aplaudir con las dos manos á la manera de un niño á quien se va á entregar un juguete deseado. De esta manera padre é hija habían valorado su fortuna; aquel para vender el oro, esta para arrojar el suyo en un oceano de amor. Volvió á meter las monedas en la bolsa carmesí, tomola, y subióse otra vez al cuarto de su primo sin vacilar. La secreta miseria de Carlos le hacía olvidar el lugar y las delicadezas. Luego, estaba fortalecida por su conciencia, por su amor y su felicidad. Al punto de llegar al lindar de la puerta, teniendo en una mano la vela y en la otra la

bolsa, Carlos se despertó, vió á su prima, y quedóse estático. Eugenia se adelantó, colocó el candelero sobre la mesa, y dijo en voz conmovida:

—Primo, tengo que pedirle á V. perdón de una falta grave que he cometido con V.; pero Dios me perdonará este pecado, si V. quiere borrarlo.

—¿Pero, en qué consiste? dijo Carlos, frotándose los ojos.

—He leído esas dos cartas.

Carlos se ruborizó.

—Ahora ya no se decir como lo he hecho, y porque razon he subido aquí: pero casi estoy tentada de no arrepentirme de haber leído las cartas, pues que me han hecho conocer su corazon, su alma, y...

—Y qué? preguntó Carlos.

—Y sus proyectos de V., con la necesidad en que está de poseer una cantidad.....

—Prima mía.....

—Silencio! silencio! primo mio, no hable V. tan alto; no sea que se despierte alguno. Aquí tiene V. las economías de una pobre muchacha, que no tiene falta de nada. Carlos, acéptelas V. Esta mañana ignoraba lo que era el dinero; V. me lo ha enseñado. Veo que no es mas que un medio, y puesto que un primo es casi un hermano, bien puede V. aceptar la bolsa de su hermana.

Carlos se quedó mudo.

Eugenia tan mujer como niña no habia previsto que su primo podia reusar.

—Y bien, ¿qué me responde V.?

—Carlos bajó la cabeza.

—¿Podria V. reusar? preguntó Eugenia, cuyas palpitaciones resonaron en aquel profundo silencio.

La indecision de su primo la habia humillado. La necesidad en que se hallaba el infeliz se presentó mas vivamente en su espíritu y doblando la rodilla le dijo:

—No me levantaré de aquí hasta que acepte V. este dinero. Tómele V., primo mio, por favor, respóndame V.! Sepa yo alménos si V. me honra, si es jeneroso, si.....

Al oír este noble grito de desesperacion, Carlos derramó lágrimas sobre las manos de su prima que tomó para impedirle que se arrodillase, y apretándose las con ardor, Eugenia tomó la bolsa y echó el dinero sobre la mesa.

—¿Acepta V.? Sí, no es verdad? dijo llorando de alegría. No tema V. nada, primo mio, será V. rico. Este oro le dará á V. la fortuna; y un dia me lo devolverá V. Por otra parte, nos asociaremos; en fin, yo pasaré por todas las condiciones que V. me imponga. Pero no debería V. dar tanto valor á este ofrecimiento.

Al fin Carlos pudo espresar sus sentimientos.

—Sí, Eugenia, tendria una alma muy pequeña, si no aceptára. Sin embargo, nada por nada, confianza por confianza.

—Qué quiere V. decir? preguntó espantada Eugenia.

—Oiga V., querida prima, yo tengo aquí...

Y se interrumpió para mostrarla sobre la cómoda una cajita cerrada, envuelta en una bolsa de cuero.

—Aquí ve V. una cosa que me es tan preciosa como la vida. Este cofrecito es un regalo de mi madre. Desde esta mañana he pensado que si mi madre pudiese salir de la tumba, ella misma venderia el oro que su ternura la habia hecho prodigar en este recuerdo; pero esta accion hecha por mí me pareciera un sacrilejio.

Eugenia apretó convulsivamente la mano de su primo al oír estas últimas palabras.

—No, continuó despues de una breve páusa, durante la cual se lanzaron una mirada húmeda y brillante, no, yo no quiero destruirlo, ni arriesgarlo en mis viajes. Querida Eugenia, V. será la depositaria. Jamas amigo habrá confiado cosa mas sagrada á otro amigo.

Y fuése á tomar la cajita, sacóla de la bolsa, la abrió y enseñó tristemente á su prima admirada una joya en que el trabajo daba al oro un precio muy superior al de su peso.

—Lo que V. admira es nada, dijo apretando un

resorte que descubrió un nuevo fondo. Esto es lo que para mí vale la tierra entera.

Y sacó dos retratos, dos maravillas del arte de madama Mirbel, ricamente engastados en perlas.

—Oh! ese hermoso retrato debe ser de la señora á quien V. escrib.....

—No, dijo Carlos con una sonrisa. Esa mujer es mi madre; este mi padre: los tios de V., Eugenia. Yo debiera suplicarla á V. que me guardase este tesoro. Este oro podrá servir á V. de garantía si yo muero perdiendo su pequeña fortuna, y solo á V. puedo dejar estos dos retratos, porque solo V. es digna de conservarlos. Pero destrúyalos V. para que despues de su muerte no pasen á otras manos...

Eugenia callaba.

—Y bien, lo hará V. ¿no es verdad?

Al oír sus últimas palabras, Eugenia echó sobre su primo la primera mirada de mujer amante, una de aquellas miradas tan llenas de coquetería, como profundas. Carlos la tomó la mano y se la besó.

—Anjel de pureza, el dinero no será ya jamas nada para nosotros. El sentimiento que hace de él alguna cosa lo será todo de hoy en adelante.

—Se parece V. á su madre? ¿Tenia tambien la voz dulce como la de V.?

—Oh! mucho mas dulce.....

—Sí, para V., dijo bajando los ojos. Vamos, Carlos, acuéstese V., yo lo quiero; está V. fatigado. Hasta mañana.

Y apartó suavemente la mano de entre las de su primo, que alumbrándola la acompañó.

Cuando estuvieron ambos sobre el lindar de la puerta:—Porqué estoy arruinado! dijo Carlos.

—Bah! mi padre es rico, segun yo creo, respondió ella.

—¡Pobre hombre! repuso Carlos adelantando un paso y apoyando su espalda en la pared, su padre de V. no habria dejado morir al mio, ni la dejaria á V. en tal pobreza, y viviria él de otro modo, si fuese rico.

—Pero tiene á Froidfond.

—¿Y qué vale Froidfond?

—No lo sé, pero tambien tiene á Noyers.

—¿Alguna mala quinta?

—Hay viñas y prados.....

—Miserias, dijo Carlos con un aire desdeñoso. Si el padre de V. tuviese tan solo veinte y cuatro mil libras de renta ¿habitaria V. ese cuarto frio y desnudo? añadió avanzando el pié izquierdo.

—Aquí estarán pues mis tesoros, dijo señalando un viejo baul, para encubrir sus pensamientos.

—Váyase V. á dormir, dijo ella impidiéndole de entrar en un cuarto puesto todo en desórden.

Carlos se retiró, y se dieron las buenas noches con un mútuo suspiro. Durmiéronse con un mismo pensamiento y Carlos empezó á echar algunas rosas sobre su duelo.

Por la mañana siguiente madama Grandet halló á su hija paseándose antes del almuerzo en compañía de Carlos. Esta estaba triste todavía, como debía estarlo un desgraciado descendido, como quien dice, al fondo de los pesares, y que midiendo la profundidad del abismo en que habia caído, habia sentido todo el peso de su vida futura.

—Mi padre no vendrá hasta el medio dia, dijo Eugenia viendo la inquietud pintada en el rostro de su madre, que pudo entónces esplicarse el paseo de su hija.

Fácil era ver en las maneras, en la figura de Eugenia, y en la singular dulzura que contrajo su voz, una conformidad de ideas entre ella y su primo. Sus almas se habian unido ardientemente ántes tal vez de haber sentido bien la fuerza de sentimientos que aprocsimaba uno á otro. Carlos se quedó en la sala, en que su melancolía fué respetada.

Cada una de las tres mujeres fuése á seguir sus faenas. Habiendo M. Grandet olvidado sus asuntos, fuéron á su casa un gran número de personas: los jornaleros, el albañil, el carpintero, los unos para terminar contratos relativos á reparaciones, los otros para pagar los arriendos ó cobrar dinero. Madama Grandet y Eugenia se vieron pues obligadas á ir, volver y contestar á las interminables preguntas de los obreros y jente del campo. Mariana continuaba sus economías en la cocina: es-

peraba siempre las órdenes de su amo para saber lo que debia guardar para la casa y lo que debia vender en el mercado. La costumbre del avaro á guisa de un gran número de jentilhombres de campo, era de beber su vino malo y comer sus frutos peores.

A las cinco de la tarde M. Grandet llegó de Angers con veinte y tantos miles de francos de su oro, llevando en su cartera billetes sobre el tesoro, y vales reales que le ganaban el interés hasta el dia en que podria pagar sus rentas. Había dejado á Cornoiller en Angers, para reanimar á los caballos, medio muertos, y regresar lentamente despues de haber reposado bien.

—Vengo de Angers, mujer, tengo hambre.

Mariana gritó desde la cocina:

—¿No ha comido V. nada desde ayer?

—Nada, respondió el avaro.

Mariana sirvió la sopa. M. de Grassins vino á tomar las órdenes de su cliente al momento en que la familia estaba sobre la mesa. El tío Grandet aun no habia visto siquiera á su sobrino.

—Coma V. tranquilo, Grandet, dijole el banquero. Entre tanto charlarémos. ¿Sabe V. cuanto vale el oro en Angers desde que han venido á buscar de Nántes? Quiero enviar el mio.

—No lo haga V. respondió el tonelero, ya le hay suficiente. Somos demasiado amigos para que deje de evitar á V. una pérdida.

—Pero el oro vale trece francos y medio.

—Diga V. valía.

—¿De dónde diablos habrá venido?

—Yo he ido esta noche á Angers, contestó Grandet en voz baja.

El banquero se erizó de sorpresa. Luego se entabló una conversacion entre los dos de oído á oído, durante la cual M. de Grassins y Grandet miraron á Carlos varias veces. Y en el momento en que sin duda el avaro propuso al banquero que le comprase doscientas mil libras de rentas, M. de Grassins dejó escapar adrede un jesto de admiracion.

—Señor Grandet, dijo á Carlos, yo parto para Paris; si tuviese V. algun encargo que hacerme...

—Ninguno, Señor, se lo agradezco á V. infinito, contestó Carlos.

—Agradéceselo un poco mas, sobrino. El señor Grassins va para arreglar los negocios de la casa de Guillermo Grandet.

—¿Habrà tal vez alguna esperanza? preguntó Carlos.

—Por supuesto, recalcó el tonelero. ¿No eres mi sobrino? tu nombre no es el mio tambien? no te llamas Grandet?

Carlos se levantó, abrazó á su tio, palideció y salióse. Eugenia contemplaba á su padre con admiracion.

—Vamos, adios, mi buen amigo de Grassins, que vaya todo bien, y cuidado con aquellas jentes.

Los dos diplomáticos se dieron un apretón de mano, el tonelero acompañó al banquero hasta la puerta, y despues de haberla cerrado, volvióse á sentar en su sillón y dijo á Mariana.

—Trae vino!

Pero como era sobrada su conmocion para estar sentado mucho rato, levantóse, miró el retrato de M. de la Bertellière y se puso á cantar, haciendo lo que Mariana solía llamar *pasos de danza*:

En la guardia francesa
Yo tuve un buen papá.

Mariana, madama Grandet y su hija se ecsaminaron mutuamente y en silencio. La alegría estremada del amo les causaba miedo casi siempre.

La velada terminó luego. Grandet quiso acostarse temprano y cuando él se acostaba todos los de la casa debian dormir ya, del mismo modo que cuando Augusto bebia, la Polonia debia estar embriagada. Por otra parte Mariana, Carlos y Eugenia no estaban menos cansados que el avaro. Por lo que toca á la señora Grandet, esta comia, bebia, dormia, y andaba segun queria su marido. No obstante, durante las dos horas señaladas para la dijestion, el tonelero, mas humorado que nunca, dijo muchos apotegmas particulares, de los cuales podrá calcularse por uno solo. Asi que hubo apurado el vino miró su vaso y exclamó: Apenas se aplican los lá-

bios á un vaso y ya está vacío. Ved ahí nuestra historia. De ningun modo se puede ser y haber sido. El dinero no puede correr y estarse quieto en el bolsillo; de otra suerte la vida seria sobrado hermosa.

Estaba jovial y clemente: Cuando Mariana se presentó con el torno la dijo: —Deja ese cáñamo que debes estar cansada.

—Vaya! pues qué he de hacer! respondió la criada.

—Pobre Mariana! ¿quieres un poquito de vino?

—Ah por lo que toca al vino no lo reuso.

La señora lo compone mejor que los boticarios que lo que estos venden es una droga.

—Ponen demasiado azúcar... tanto, que despues no sabe á nada, observó el amo.

El dia siguiente á las ocho, la familia estaba ya reunida y el cuadro de la escena primera de aquel dia ofrecia una intimidad bien real. La desgracia habia puesto pronto en relacion á madama Grandet, á Eugenia y á Carlos. La misma Mariana simpatizaba con ellos sin pensarlo, y los cuatro empezaron á formar una familia. En cuanto al viejo tonelero, su avaricia satisfecha y la certeza de ver que su sobrino debia partir luego, sin tener que pagarle mas que el viaje hasta Nantes, le hizo indiferente su permanencia en la casa. Por esto dejó libres á los dos muchachos como él solia llamar á Carlos y á Euge-

nia, para que se comportasen como mejor les pareciese, á la vista de madama Grandet, en quien él tenia completa confianza por lo que concernía á la moral pública y relijiosa. El alineamiento de sus prados y sus plantaciones de álamos en el Loira, con los trabajos de invierno en sus fincas, y sobre todo en Froidfond le ocupaban exclusivamente.

Entonces empezó para Eugenia la primavera del amor. Desde aquella escena nocturna en que habia entregado su tesoro á Carlos, su corazon se le habia entregado tambien. Cómplices ambos en el mismo secreto, mirábanse, manifestando una mútua inteligencia que profundizaba sus sentimientos haciéndoselos mas comunes y mas íntimos, segregándolos, por decirlo así, de la vida ordinaria. ¿No autorizaba el parentezco cierta dulzura en el acento y alguna ternura en las miradas? De ahí es que Eugenia se complació en adormecer los sufrimientos de su primo en los goces infantiles de un naciente amor. ¿Deja de haber cierta graciosa semejanza entre los principios de la vida y los del amor? ¿No se mece á un niño entre dulces cantos y alegres miradas? ¿No se le cuentan maravillosas historias que le doran el porvenir? ¿No le despliega de continuo sus alas radiantes la esperanza? ¿No derrama sucesivamente lágrimas de placer, de dolor ó de alegría? ¿No se queja por nonadas, por piedras con las cuales quiere formar un palacio móvil, y por flores,